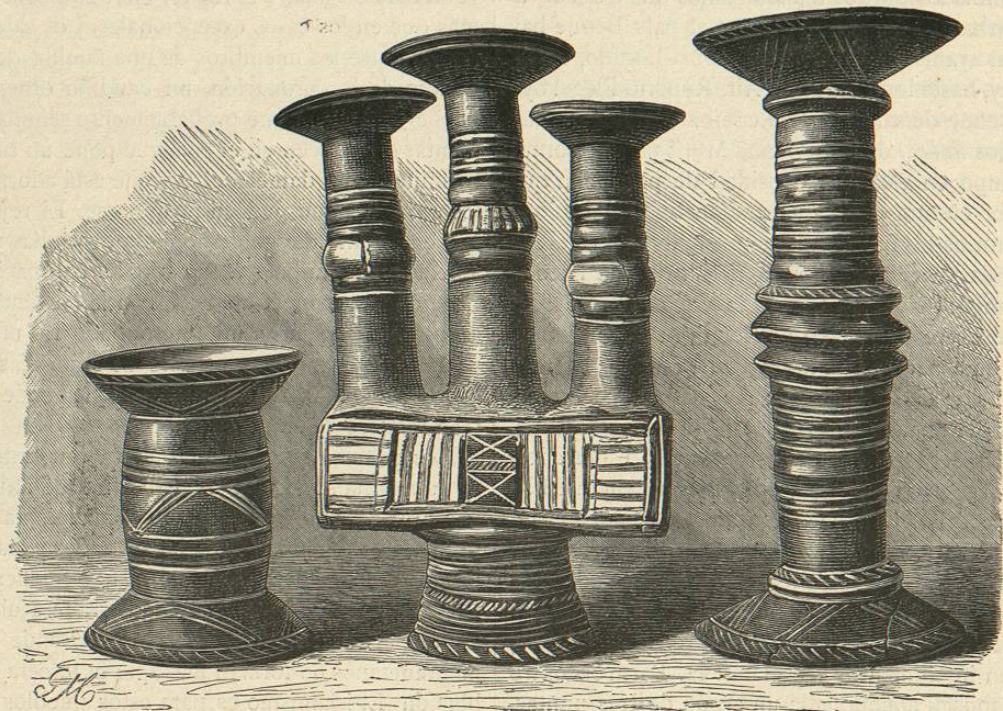


En la esfera de la cultura externa el islamismo ha podido mejorar bien pocas cosas, pues la mayoría de estos pueblos han alcanzado en este concepto notable altura y no han hecho más que modificar la vida de los negros en algunas exterioridades que las más de las veces son perjudiciales. Así por ejemplo, dice Bastián que entre los negros de la Senegambia encontró la más repugnante suciedad y que estas gentes iban cargadas con pesados *castanes* ó túnicas, en las cuales llevaban á menudo todo cuanto poseían. Estas exterioridades se han ido extendiendo ya más hacia el Sud, pues Flegel dice que los mismos embajadores de los caudillos de Bassama, en Benúe, tenían el aspecto de semi-

mahometanos y que le sorprendió especialmente la espada corta, redonda en su extremo y adornada con cueros y borlas que cuelgan de un cinturón de cuero: todos ellos llevaban unas pinzas de hierro (*tshadde*) metidas en un estuche de cuero que les servían para arrancarse las espinas.

Una sola cosa no podía llevar el islamismo á aquellos pueblos, la suavidad, el sentimiento humanitario, que están reservadas al Cristianismo. La mahometana ciudad haussa de Wurmo causó á Mateucci la misma impresión que hubiera podido producirle la pagana Abeokuta. «Llegamos allí — dice — y después de haber regocijado nuestra vista con el sorprendente espectáculo de aquel país siempre



Vasijas de arcilla, del Níger («Museo británico,» Londres)

bien cultivado, siempre fértil y siempre hermoso, nos sentimos desagradablemente impresionados al entrar en la ciudad en presencia de un gran número de huesos humanos diseminados delante de las puertas: 400 prisioneros, 100 en cada puerta, habían sido asesinados en un solo día y sus cadáveres entregados á la voracidad de los buitres, cuervos y hienas.»

Es notable y digno de llamar la atención el elemento de la fe mahometana que sale al encuentro de la superstición y que se ha extendido rápidamente. Los indígenas del alto Benúe, es decir de las comarcas de Djen y de Dulti, que están dominados por un gobernador fulba residente en Muri, son salvajes poco menos que vírgenes: Roberto Flegel dice que llevan en la cintura un trozo de piel ó de tela, están armados con lanza y puñal, este último metido en una vaina y atado con correas en el antebrazo, y llevan en sus manos látigos de dos ó tres cuerdas hechos con piel de *aju* (manatí) y con mangos cubiertos de piel de cocodrilo. Las mujeres y los niños van á menudo completamente desnudos. La falta de cuentas de cristal se subsana con un entrelazado de paja de un dedo de ancho y de color amarillo y encarnado que se coloca en la cintura ó en el antebrazo. Entre otros adornos son de notar los alfileres para la cabeza, los brazaletes de hierro ó de marfil y las correas con garras de pantera: como amuletos encontramos los cuernos pequeños de antílope y las bolsitas con almizcle. Algunos llevan bolsillos de cuero con algunos preceptos

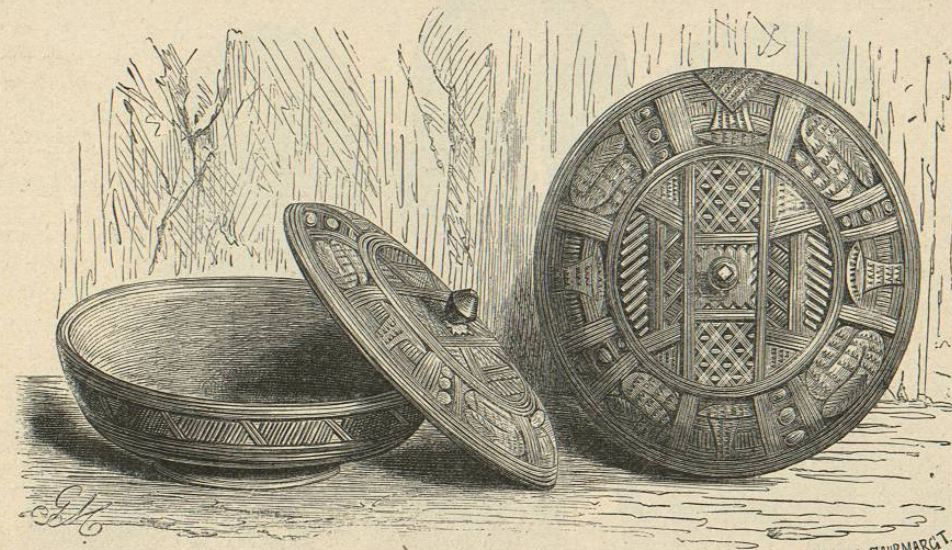
del Alcorán que junto con los cuernecitos mágicos se cuelgan del cuello. Además abundan aun entre los joloffes cristianos los fetiches llamados *grigris* en forma de collares, brazaletes ó anillos para los pies, versos del Alcorán, dientes de tiburón ó de chacal, huesos y maderas. Por regla general, estos objetos los llevan metidos en una caja de metal.

En los joloffes, que han estado en contacto con los europeos y con los árabes y que han adoptado de éstos algunas cosas, puede verse la influencia que unos y otros han ejercido respectivamente sobre ellos. Los cristianos viven principalmente en Gorea y en San Luis, son industrioses y comerciantes y la habilidad que como á tales demuestran es á menudo de utilidad suma para los europeos: visiten unas veces con infantil coquetería, otras con gran dejadez, como los naturales de Europa. Los mahometanos se dedican á trabajos análogos á los de los cristianos, pero en ellos se ve que la civilización árabe se aviene mucho mejor á los gustos y á las necesidades de los negros, los cuales gustan más del traje y de las costumbres árabes que de las europeas, y las siguen con mejor éxito, á lo menos aparentemente. Las mujeres joloffes, así las cristianas como las mahometanas, llevan todas el traje árabe.

En todos estos pueblos, la sociedad se divide en familias, de las cuales son elegidos los príncipes, los caudillos, el vulgo y los esclavos. Por lo que hace á la esclavitud, está tan firmemente arraigada que aun hoy en día, á pesar de

haber quedado suprimida hace 40 años, hay negros en Gorea, San Luis, etc., que se consideran como esclavos. Entre los joloffes desempeñan un papel importante los esclavos del rey que son soldados y al propio tiempo recaudadores de impuestos, aunque en realidad no son otra cosa que bandidos traducidos al joloffe. En este pueblo vemos reproducida la diferencia entre esclavos de casa y esclavos de campo: los primeros son amigos y confidentes, los últimos animales de carga y de labor. El trato que se da á los esclavos es pésimo entre los pueblos de estos países que están en elevada posición (fulbas, moros) y bueno entre los de baja categoría. Los hijos heredan por regla general el oficio del padre, de modo que existe una división en castas, por más que no sea la ley la que las determine. La profesión de griot, es decir de ministril, de adulador profesio-

nal, es rigurosamente hereditaria y tan influyente como despreciada. También forman clase aparte los herreros, que llegan á constituir una casta especial á pesar de estar en ella representados los elementos más distintos de la población. Sea el herrero moro, fulba, mandingo ó joloffe, al que esté fuera de la casta, nunca se le ocurrirá casarse con la hija de un individuo de la misma. Algunas veces el herrero, importante ya por ser el depositario de los fusiles y demás armas, es además el confidente del caudillo, pero del mismo modo que lo es el griot. Ocupan también una posición especial los *laobes*, especie de gitanos algo parecidos á los fulbas, que vagan como nómadas y al parecer sin organización política y fabrican objetos de madera dura. Asimismo forman una casta los *djulas*, comerciantes que viajan, que equivocadamente han sido considerados como un



Vasija de madera labrada con tapadera, de Guinea (Museo Británico, Londres). 1/7 de su verdadero tamaño

pueblo especial y que tienen paso franco en todas partes, lo cual demuestra la gran importancia que allí se da al comercio. Desgraciadamente, por otra parte, los comerciantes indígenas, guiados por una ambición mezquina, oponen grandes dificultades á los europeos, no siendo de los que más atrás se quedan en este punto algunos territorios importantes como el delta del Níger, en donde los llamados comerciantes de desechos desempeñan este papel «con conjuros, mentiras, regalos de ron, armas y pólvora.»

En su descripción del país comprendido entre el Benúe y el Níger, pinta Rholfís los distintos grados del desarrollo de la civilización de estos territorios en los siguientes términos: «Desde el punto de vista intelectual, los pueblos haussas están por encima de todos los demás y su idioma ha llegado á ser el dominante entre el Benúe y el Níger. Cierto que los nyfes son más artísticos en la confección de telas, prendas de vestir, bordados y aun objetos de cristal, pero hay que tener en cuenta que estas habilidades les han sido importadas de la costa por los pueblos yarribas, al paso que el pueblo haussa todo se lo debe á sí mismo. Los fulbas eran los menos civilizados de todos estos pueblos, pero dotados como estaban de buenas disposiciones y voluntad enérgica, se asimilaban rápidamente todos los adelantos de los pueblos que sojuzgaron y llegaron en muchas ocasiones á perfeccionar las artes aprendidas. Pero en aquellos puntos en que permanecen aferrados á su ocupación primitiva, la ganadería, siguen siendo los mismos que eran hace muchos años y aun en esta ocupación primitiva están muy por debajo de otros pueblos; así por ejemplo si bien conocen

la confección de la manteca, ignoran en cambio por completo la preparación del queso.»

Muy parecidos á los fulbas, como conquistadores y fundadores de reinos, son los mandingos, hace mucho tiempo arruinados y fraccionados, á quienes se designa como la verdadera nación culta de estos territorios. Antes de la enérgica aparición de los fulbas, eran los mandingos el gran pueblo histórico del Noroeste del Africa. Constituyen una tribu negra cuya primitiva residencia estaba en el interior, según nos dice la leyenda y según se desprende de una hipótesis muy fundada; más tarde se establecieron, al parecer, en el lado Oeste y Noroeste de Futa Djallon, desde donde se fueron extendiendo hacia el Oeste y hacia el Norte. El color en ellos dominante es el moreno oscuro y los rasgos de su fisonomía son unas veces más otras menos negros, pero nunca se acercan tanto al tipo caucásico como los fulbas. Se ha hecho notar á menudo la frecuencia con que aparecen en ellos rasgos más nobles, bien que siempre dominados por una expresión ruda y muchas veces verdaderamente salvaje, tales como la nariz aguileña y la dulcificación de las particularidades de los negros. Este ennoblecimiento se explica cuando se tiene en cuenta, estudiando la historia de esta tribu, la temprana conversión de una gran parte de ella al islamismo y sus frecuentes relaciones pacíficas y guerreras con los árabes y los bereberes. Según noticias de procedencia árabe, ya en el siglo doce una parte de este pueblo ingresó en el islamismo y apareció como potencia conquistadora el Este de Ghana, en donde fundó, á principios del siglo trece, el gran rei-



no de Melle que 100 años más tarde llegó al colmo de su poderío, comprendiendo Ghanata, Timbuktu y Sonrhay. Nada cierto se sabe acerca de los límites de este reino, pero puede admitirse que el núcleo de su poder radicaba al Sud del recodo del Níger y llegaba quizás hasta Gambia y el mar. Los mandingos son probablemente el eje de la población de Cabo Verde. A principios del siglo quince, el Timbuktu pasó á poder de los tuaregs, á pesar de lo cual á mediados del propio siglo era este reino Melle el más grande y más poderoso del Africa occidental: poco después fué postergado por el rápido incremento que tomó Sonrhay. En este reino desempeñaron también los mandingos un papel importante aunque no dominante, lo cual fué debido en gran parte á la progresiva conversión de los mismos

al islamismo, conversión que hoy puede darse ya por terminada.

Existen bastantes razones para suponer que en este reino una raza más enérgica, más afortunada y quizás también más noble (*melle* significa, según Barth, «libre, noble») dominó sobre otra sojuzgada, siendo probable que aquella se compusiera de los serrakoletes ó soninkes que, al igual de sus posteriores soberanos—cuyo nombre variado en una forma análoga se pronuncia malinkes—tuvieron en otro tiempo en esas comarcas una situación preponderante. Las tradiciones de los bambarras dicen que éstos, en su avance constante desde un punto al Este de Segú hacia el Oeste, encontraron por todas partes á los serrakoletes en posesión de la soberanía, y Faidherbe cree ver en ellos á un pueblo



Un negro de Beni-Meslem (de una fotografía de la colección del Dr. Pruner-Bei)

que hace miles de años fué retrocediendo al Sud ante la invasión de los bereberes del Norte. También se ha sentado la hipótesis de que representaron á los primitivos habitantes de los países montañosos del Sudán occidental, de la misma manera que, como veremos, lo hicieron los joloffes y compañeros con los de los países bajos. Entre unos y otros no se pueden precisar concretamente diferencias corporales, como tampoco entre aquellos mandingos propiamente dichos y los bambarras, que á sí mismos se llaman bambanas, que en muchos conceptos están en antagonismo con ellos y cuya diferencia consiste en una conversión más ó menos tardía al islamismo y en algunas variaciones dialécticas. En opinión de Caillié, los bambarras vendrían á ser más mezclados que los mandingos. Hoy en día la expansión de éstos reviste un carácter más pacífico, pues junto con los serrakoletes son los principales comerciantes intermediarios del Noroeste del Sudán: sus caravanas van desde Timbuktu hasta Sierra Leona, el gran Bassam y el golfo de Benin; los serrakoletes, en cambio, se dedican con preferencia al comercio de detalle. Además, desde que han depuesto su carácter belicoso y por ende rapaz, se han convertido en los mejores agricultores de su territorio.

Los soninkes que hace poco hemos mencionado son notables por haberse extendido en grupos poco numerosos de 100 á 300 personas, pero independientes y á menudo dominantes sobre sus vecinos, y distribuidos en los diferentes territorios del Sudán occidental. Desde Bakel y Medina

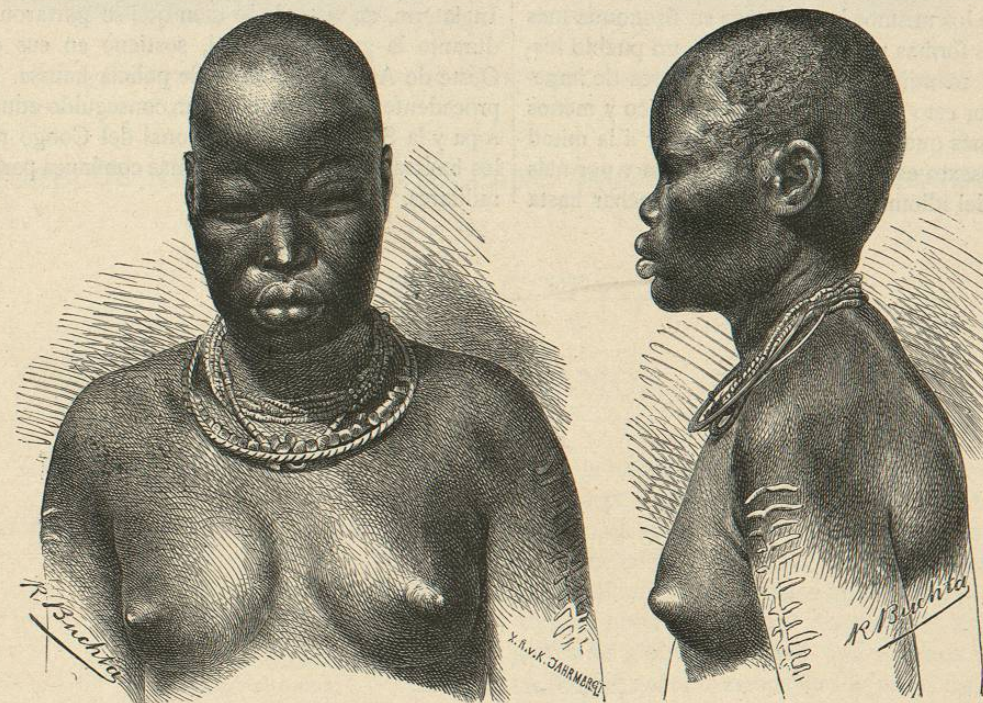
se les puede encontrar al Noroeste hasta Bakuna, al Este hasta Fadugu y Segú y al Sud hasta Kasamanka y Gambia. Berenguer los describe como más blancos, más pequeños y más esbeltos que los mandingos, joloffes y bambarras. Ese pueblo se dedica con preferencia á la agricultura y es de carácter blando y sumiso, de suerte que se amolda fácilmente á las costumbres del pueblo en medio del cual vive en minoría. Por esta misma causa son también distintas sus formas políticas, determinadas por las de los pueblos vecinos. En Segú, Massena y Kaarta son súbditos de los fulbas, mandingos, bambarras, etc.; en Gambia cada una de sus aldeas es independiente y está gobernada por un caudillo; en Kasso forman una especie de confederación republicana y en Guadiaga los gobierna un príncipe hereditario.

Los tukulöres, nacidos de una mezcla de joloffes, de mandingos y de fulbas, merecen toda nuestra atención no sólo por la influyente posición política que ocupan, sino como ejemplo de los efectos que trae consigo un cruzamiento de razas como el que ha servido de base á los pueblos dominadores de estos territorios. En el país de Futa Toro, en el Senegal, la mezcla de los fulbas nómadas, que según expresión de Faidherbe no poseen cuando no están cruzados las dotes necesarias para la fundación de grandes comunidades políticas, con los negros sedentarios que fueron por ellos vencidos, produjo una raza bastarda dotada de gran sentido práctico, de espíritu de disciplina, de vigorosa musculatura y de afición á la agricultura. Sólo le faltaba para ser, como

fué después, fundadora de vastos reinos, el impulso que la moviera á acometer grandes empresas en el exterior, impulso que dos siglos más tarde le imprimió el islamismo infundiéndole en ella fanatismo y energía. De esa raza salió la teocracia de los torodos que en el siglo décimo-octavo extendió su soberanía por toda la cuenca del Senegal y de la cual salieron el fundador del gran imperio fulba entre el Níger y el lago Tsad, el famoso Othmán Dar-Fodie y los emisarios guerreros que fundaron los reinos de Haussa, Massina y Futa Djallon. En 1850, á consecuencia de una guerra santa predicada por el torodo-marabú El Hadschi Omar, salió de ese pueblo la fundación del imperio fulba occidental que comprendía los antiguos reinos bambarras de Segú y Kaarta. Que para esto se derramó mucha sangre nos lo demuestran las relaciones de Mage y Quintín que con

ocasión de un levantamiento ocurrido en Segú vieron asesinar á 3500 bambarras varones y reducir á la esclavitud á 3000 mujeres de la propia tribu. Se ha pretendido que los soninkes ó serrakoletes eran «tukulöres negros», de la misma manera que se ha dicho que los torodos que acabamos de describir eran «tukulöres rojos»; pero contra esta opinión se ha hecho notar, y con razón, que una raza mestiza no puede ofrecer el tipo unitario que es propio de los soninkes.

En el borde occidental del Africa, yendo hacia el Sud, se encuentran los primeros negros representados por los joloffes (dscholoffes, woloffes) del Sud del Senegal: hace 100 años residían todavía en la orilla derecha de este río y según dicen sus tradiciones, antiguamente se extendían aun más allá. Faidherbe opina que en otro tiempo su frontera septentrio-



Muchacha bari, de frente y de perfil (de una fotografía por Ricardo Bachtá) - Véase pág. 310

nal estaba formada por un afluente del Draa, en aquella «llanura roja» de la cual dice Ptolomeo que separaba á los bereberes de los etíopes: á ser esto cierto, los negros se hubieran extendido en otro tiempo hasta más allá del cabo Bojador. Los joloffes son los habitantes sedentarios de los países de Walo y Kayor—de antiguo ocupados por los europeos—en los cuales se encuentran aun hoy Gorea y San Luis, centros de la colonización francesa en este territorio. Aun cuando de procedencia extranjera, son los habitantes más antiguos de esta comarca desde que la luz histórica, en fecha no lejana, se cernió sobre la misma. Ya en 1446 los portugueses los encontraron en ella y en abono de la opinión que sustentamos parecen venir sus fronteras relativamente fijas, que son: al Oeste el Océano Atlántico, al Sud los pueblos del territorio Gambia (mandingos, sereres y otros), y al Este los torodos. La circunstancia de contener el idioma de Bambuk algunas palabras joloffes demuestra que este pueblo se extendió antiguamente más hacia el Oeste. Asimismo debió estar en otro tiempo sometido á los joloffes el país de Futa. Las mismas leyendas con que ellos refieren su pasado permiten creer que residen en este territorio hace más tiempo del que su memoria alcanza á recordar: en efecto, dicen que su actual territorio formaba, juntamente con los territorios vecinos, un país de tribus

independientes, es decir que cada aldea era autónoma y no había en toda la comarca ningún caudillo. En otro tiempo salió del río un anciano montado en un haz de leña que todos querían poseer, ó según dicen otros en un pescado cogido con red, y repartió tan equitativamente el objeto codiciado que toda rencilla quedó extinguida. El anciano desapareció en seguida con gran desconsuelo de los negros que de buena gana hubieran querido aprovecharse por más tiempo de su sabiduría y que consiguieron verle de nuevo gracias á un engaño, es decir fingiendo una lucha. Los negros, que muy pronto vencieron al fantasma, supieron sujetarlo por medio de las mujeres, del tabaco y del caliente *kuskus*, y en efecto se quedó entre ellos, prosiguió su carrera solónica ó salomónica enseñando á las mujeres á poner los pucheros con kuskus en el fuego sobre tres bolas de barro, no sobre dos como se hacía antes, se casó con una hija del pueblo y fué de esta suerte su primer caudillo como Bei Sam-Sam (padre Sam-Sam). Sucedióle su hijo Mam Pate que ensanchó el reino y lo vigorizó poniendo caudillos en distintos puntos, como Walo, Kayor, Sina, etc. A éste le sucedió un tercero, un *burbad* joloffe (emperador de los joloffes) que causó la ruina del imperio por haberse enemistado con los caudillos á consecuencia de su orgullo y tiranía. Berenger-Feraud, que es quien nos da á conocer